

Un diálogo entre la historia y la sociología

FEDERICO ZERTUCHE

Norbert Elias,
La sociedad cortesana,
Fondo de Cultura Económica.
México, 1996

• Qué interés podríamos tener los contemporáneos de fin de siglo XX y de milenio por estudiar la sociedad cortesana?

Si nos atenemos a la portentosa investigación de Norbert Elias que se reseña, amén de adentrarnos a uno de los pensamientos sociológicos más originales y rigurosos de los últimos tiempos, que de paso ha enriquecido conocimiento histórico, podremos vislumbrar sistemática y empíricamente la génesis y evolución de ese rico y complejo universo que precediera la sociedad burguesa y marcara u impronta histórica durante siglos.

Si bien es ya de por sí sumamente interesante el análisis y la tanto minuciosa como penetrante reconstrucción histórica de la sociedad cortesana que "comete Elias, de los siglos XVI al XVIII, particularmente en Francia, Alemania e Inglaterra, más revelador resulta para el lector adentrarse y familiarizarse con su innovadora metodología sociológica, cuyos aportes para el avance de esa ciencia le sitúan como uno de los sociólogos más destacados de todos los tiempos.

En efecto, las investigaciones de Elias sobresalen por mantener una cuidadosa y armoniosa relación entre teoría y empirismo, sin supeditar a más sobre el otro ni viceversa; tampoco mantiene posiciones dogmáticas, deterministas o monistas que empañan y predisponen el conocimiento.

aleja, asimismo, de explicaciones historicistas y más bien contribuye a esclarecer el análisis histórico con la imprescindible aportación sociológica dicha disciplina.

Otra de las aportaciones de Elias es la de despejar mitos o ideas míticas que se han dado por verdades en el trabajo científico.

"La idea según la cual la unicidad o irrepetibilidad de los acontecimientos son una nota característica y distintiva de la historia humana (...) va ordinariamente acompañada de otra idea, a tenor de la cual esta 'irrepetibilidad' está fundada en la naturaleza del objeto, esto es, en la realidad misma, independientemente de todas las valoraciones de las investigaciones. Sin embargo esto no es así en absoluto."

Será siempre útil y necesario realizar un análisis suficiente con el fin de distinguir aspectos únicos e individuales de los que son socialmente repetibles en las relaciones históricas, si no queremos caer en simplificaciones o en visiones parciales y por tanto incompletas de la realidad histórica y social que nos proponemos observar y estudiar.

Lo mismo ocurre con el falso dilema entre las dos concepciones que consideran a la "sociedad" como algo extraindividual o al "individuo" como algo extrasocial. Ambas ideas son ficticias, sostiene Elias. El individuo es inconcebible fuera de cualquier configuración social, y la sociedad, por su parte, inimaginable sin la participación de los individuos.

Persona individual y sociedad están indisoluble-mente imbricados en procesos dinámicos e interdependientes que les dan forma y contenido.

Por ello Elias utiliza el concepto "configuración" para explicar esa situación de interrelación entre individuo y sociedad, en lugar del concepto de "sistema" que por lo general tiende a hacer abstracción de los individuos que lo conforman. Los hombres individuales constituyen conjuntamente configuraciones de diverso tipo, o dicho de otra manera, "las sociedades no son más que configuraciones de hombres interdependientes". Así pues, Elias aborda a la sociedad cortesana como la configuración específica que se desarrolló, evolucionó e influyó en forma determinante en Europa aproximadamente entre los siglos XVI y XVIII, cuyo paradigma y representación culminante fue la corte francesa de Luis XIV.

A lo largo del libro nos adentramos a un mundo que hoy nos podría parecer caprichoso y extravagante, pero que en su momento y circunstancias tenía pleno sentido y estaba perfecta-mente normado por estrictas reglas de etiqueta y ceremonial que no podían impunemente alterarse.

Así podemos observar con lujo de detalles las estructuras habitacionales como reflejo exacto de las estructuras sociales, las peculiaridades del complejo entramado cortesanoaristocrático, la etiqueta y el ceremonial observados, las vinculaciones del rey por la etiqueta y las oportunidades de prestigio, la génesis del romanticismo aristocrático, así como otros capítulos en que el autor aborda otros interesantes aspectos de la sociedad cortesana.

Entre las muchas reflexiones que endereza el autor a lo largo de su extraordinaria obra podemos rescatar por ahora aquella de que más que las condiciones económicas, sociales o culturales, "...lo que mantiene unidos a los hombres unos con otros en una determinada figura, y lo que hace más duraderos los lazos de tal figura a través de varias generaciones –con ciertos cambios evolutivos–, son tipos específicos de dependencia recíproca de los individuos, o, si lo expresamos con un término técnico, interdependencias específicas". También nos sorprendemos al constatar que el famoso Rey Sol, a quien se ha caracterizado como el monarca absoluto por excelencia, no era tan absoluto como generalmente se piensa. Y no lo era porque la rígida configuración a la que pertenecía, la sociedad cortesana, lo tenía atado a una serie de reglas, normas y obligaciones que le eran imposibles de incumplir. Es más, Luis XIV era el primer obligado a cumplirlas y poner el ejemplo a sus súbditos.

El estricto ceremonial y etiqueta a que estaba compelido el rey se iniciaba desde el momento mismo en que cotidianamente despertaba en sus aposentos: todo un séquito, rigurosa-mente predeterminado conforme a títulos nobiliarios y parentesco con Su Majestad, tenía fijadas determinadas funciones para auxiliar al rey en el ritual de levantarse de la cama, acicalarse, desvestirse y vestirse y disponerse a iniciar el regno día.

Naturalmente, el resto de la enorme corte observaba puntual, atenta y celosamente las normas que según el rango, posición, jerarquía nobiliaria o función en la corte, les correspondían. No está de más señalar la manera en que unos a otros se vigilaban para ponerse en evidencia cuando transgredían el orden establecido. Al contrario, la coacción y la coerción eran instrumentos imprescindibles para mantener la cohesión de la configuración social.

Caer en desgracia del rey, y sufrir por tanto la pena máxima que representaba ser excluido de la corte y dejar de representar el papel que a cada quien le correspondía, era visto y tenido como un deshonor y una ignominia mayores que la muerte misma.

Por otro lado resulta interesante, y al mismo tiempo esclarecedor, observar y comparar la escala de valores que movían a los miembros de la sociedad cortesana, por cierto muy distintos a los valores que mueven y articulan la sociedad burguesaindustrialcapitalista de nuestra época.

En todo caso, la investigación de Elias representa una de las cumbres del estudio sociológico contemporáneo, quizá sólo superada por su otra obra *El proceso de la civilización* que también se recomienda ampliamente, por el doble carácter teóricoempírico con que la acomete, por el fascinante diálogo que emprende entre historia y sociología, por la lucidez para evitar dogmatismos o ideas y teorías preconcebidas al acercarse a los hechos investigados, por su inmensa erudición de los temas tratados y el agudo análisis que permea a lo largo del libro 1

La fuerza de las civilizaciones

FRANCISCO JAVIER LUNA LOPEZ

Fernand Braudel,

Las civilizaciones actuales,

Editorial Rei,

Barcelona, 1996.

E

n un ensayo provocativo publicado hace pocos años, Samuel Huntington vaticinaba una confrontación de civilizaciones que sería escenificada en Paquistán o Magreb y enfrentaría al Islam con el Occidente. El texto resultaba polémico no sólo por prever frágiles vínculos confucianoislámicos o por contemplar fuerzas unitarias en aquellos sitios con profundas disparidades que los han colocado al borde del desmembramiento, sino –aún más– el texto de Huntington era controvertido por suceder a un libro, *La tercera ola*, en el que afirmaba la fuerza de los valores democráticos como la tendencia característica de la época. El texto del profesor de Harvard parecía entrever un efecto contrario al de la democratización, esto es, una contraola, empero sus afirmaciones lejos estaban de vaticinar un choque de civilizaciones que dominara la política global para el control del nuevo orden mundial. El problema de Huntington –señalaría más tarde Daniel Bell– es el uso de un concepto ambiguo de civilización que le lleva a confundir la cultura con la política. Ve vínculos donde no los hay, ignora el lento proceso de evolución de las civilizaciones y prevé una dominación cultural difícil de asumir.

Probablemente, el principal mérito –que no el único– de Fernand Braudel en *Las civilizaciones actuales* es el no caer en determinismos similares en los que incurrió Huntington al aproximarse a las civilizaciones e intentar precisar los extensos procesos de transformación de éstas. Partiendo del análisis del concepto, el reconocido historiador realiza toda una indagación semántica intentando encontrar el sentido concreto del término civilización. En su búsqueda, halla el concepto en Francia en el siglo XVIII, usado como sinónimo de cultura y progreso. El concepto de civilización, entendido en el más estricto sentido, se asumía como civilizar, es decir, salir de la barbarie.

Sin embargo, la aproximación de Braudel lejos está de caer en determinismos o confusiones analíticas. Para el autor, hablar de civilizaciones implica una referencia geográfica, alude a espacios, tierras, climas, vegetaciones y prerrogativas. Antropológica-

mente se le asume como una área cultural que exporta e importa valores y, así también, se encuentra determinada por la visión del mundo que adopta su cuerpo social. Ahora bien, dentro de esta multiplicidad de caracterizaciones para definir el concepto existe un aspecto al que el autor dedica una atención puntual. No es posible marginar este hecho pues marca una constante en las interpretaciones históricas de Braudel.

Las civilizaciones, señalará, son continuidades que poseen un ritmo propio y que adquieren su "verdad personal en la confrontación con otras, en la oscuridad de las tierras limítrofes y extranjeras". Aproximarse a las civilizaciones implica una telehistoria, una historia de largo alcance. El concepto no se refiere a un momento concreto o a un periodo coyuntural, alude a una serie de momentos que se transforman lentamente en el flujo temporal. Así pues, "en el plano de la duración la civilización supone espacios cronológicos bastante más amplios que una realidad social dada", "la civilización —continúa Braudel— es la más larga de las largas historias". Incluso, el historiador llegará a atribuir al citado concepto una cualidad deífica: "Las civilizaciones son inmortales."

Bajo este esquema conceptual, Fernand Braudel emprende un rico e inacabable estudio sobre civilizaciones concretas agrupadas en una confrontación: las no europeas y las europeas. Su punto de inicio lo constituyen las no europeas pues su objetivo es afirmar el sentido y la identidad propia de tales civilizaciones, distanciándose de aquellas interpretaciones que comprenden a Europa como el centro del universo. Sin embargo, y como el propio autor lo reconoce, sólo en esta oposición con Europa adquieren identidad las otras civilizaciones, es decir, "todavía radica en esa distinción la gran oposición seria del mundo".

A partir de este estudio concreto sobre cada civilización, Braudel logra recrear momentos, examina pasajes, indaga espacios que revelan la particularidad de cada una de ellas. Así, si en los capítulos iniciales de su libro el autor erige toda una mina conceptual con un trabajo gramatical para definir el término civilización, en las subsecuentes secciones construye una veta histórica difícil de agotar que articula sucesos, interpretaciones antropológicas, culturales, literarias, arquitectónicas e incluso alimenticias. Más aún, dentro de esta interpretación múltiple existe un hecho permanente: una explicación dinámica, una representación en movimiento que permite componer —si me es permitida la metáfora musical— una sinfonía histórica que revela los ritmos distintos de cada civilización.

Braudel se introduce por las tierras del Islam describiendo su esplendor y retroceso; camina por las calurosas y multiétnicas regiones del África negra para ver sus fragmentaciones territoriales producto de arbitrarias divisiones coloniales; recorre el Extremo Oriente indagando un inmovilismo producto de una organización social a la que se le adjudica naturaleza divina; navega en los océanos humanos de China y la India observando una superpoblación endémica. Finalmente, el historiador se desliza por el extremo oriente marítimo (Indonesia, Indochina, Filipinas y el aislado Japón) para definir estas regiones como "mediterráneos" (p. 233), esto es, espacios marítimos en medio de tierras.

En sentido opuesto a estas civilizaciones, el autor se introduce en el territorio europeo —"un pequeño cabo

de Asia" (p. 273)— examinando su permanente búsqueda de libertades, la construcción del Estado soberano y secular y, desde luego, el intenso afán de imponer la razón como el sentido del mundo.

En Los últimos capítulos, Fernand Braudel hace referencia a tres grandes polaridades: América Latina — "el otro mundo"— que lejos de ser un continente feliz está plagada de aspectos sombríos que se dejan ver en profundas crisis que imponen severos retrocesos;

Estados Unidos —"América por excelencia"— que logró combinar el protestantismo con una poderosa maquinaria capitalista industrializadora y urbanística y, finalmente, aparece "la otra Europa" (Moscovia, Rusia, la ex URSS), con un desarrollo tardío, un espacio superabundante pero vacío e improductivo y una religión ortodoxa que definió por siglos el porvenir de la región.

En esta mina histórica que constituye Las civilizaciones actuales, y de la cual sólo hemos podido ilustrar opacas y precipitadas coordenadas, Fernand Braudel ha dejado una cosa en claro, el pasado, y sobre todo el pasado profundo, en el que se hienden nuestras más recónditas raíces, no sopla simplemente en ligeros recuerdos, sino que en ocasiones tiene una fuerza de huracán capaz de definir y explicar nuestro momento actual

FOREIGN AFFAIRS

FRANCIS FUKUYAMA

Daniel Pipes,

Conspiracy: How the Paranoid Style
Flourishes and Where It Comes From,
Free Press,
Nueva York, 1997.

Es bastante adecuado que Daniel Pipes, un prominente historiador del Medio Oriente, escriba el primer recuento general del papel que las teorías de que hay una conspiración han tenido en la historia, dado que el "conspiracionismo", que es como Pipes clasifica el fenómeno, ha abundado particularmente en esa región. El autor presenta una fascinante revisión de estas teorías a lo largo de las épocas, desde la acusación de los primeros cristianos a los judíos hasta la teoría contemporánea afroamericana de que hay una conspiración política en la que los papeles que han jugado O. J. Simpson y la cm han contribuido a la epidemia de SIDA en los guetos urbanos. Pipes señala que en este siglo tanto la izquierda como la derecha han sido igualmente virulentas proveedoras de estas teorías, pero mientras la izquierda mantiene un aura de respetabilidad, las personas de derecha son frecuentemente tiradas a locas. Pipes señala, correctamente, que esta diferencia no es consecuencia de la gran plausibilidad de las teorías de la izquierda, sino de las credenciales y de la apariencia sofisticada de sus exponentes. Únicamente hubiera deseado que el análisis de Pipe fuera más sociológico que histórico, y que hubiera ahondado más en las razones por las cuales las teorías de que hay conspiraciones tienen lugar en ciertos periodos y entre ciertos grupos. En particular, hubiera estado bueno saber por qué el "conspiracionismo" parece tener en los Estados Unidos de hoy un mayor predominio, independientemente de la paz, la prosperidad, y el ascenso en los niveles educativos.

Keith Windschuttle,
The Killing of History: How Literary
Critics and Social Theorist Are
Murdering Our Past,
Free Press,
Nueva York, 1997.

En la tradición del Allan Blomm de *The Closing of the American Mind* (1987) y del Roger Kimball de *Tenured Radicals* (1990), Windschuttle, un académico australiano, derriba varias corrientes intelectuales contemporáneas, entre las que se incluyen estudios

culturales, el posestructuralismo, deconstruccionismo, la teoría crítica y cuestiones similares. El autor nos da un tour por el pantano que es la academia posmoderna en Occidente; si usted alguna vez quiso averiguar en qué se equivocaban las teorías de Michel Foucault, pero le daba mucha pena preguntar, este libro lo expone clara y hasta despiadadamente. El problema con su tónica es su relativismo, la afirmación de que no hay ningún camino para decidir entre los valores culturales, y que particularmente el racionalismo occidental no da ninguna salida. Además de estas debilidades, Windschuttle presenta una revisión interesante de la herencia relativista del empirismo de Karl Popper.

Stanley Hoffman,
The Ethics and Politics of
Humanitarian,
University of Notre Dame Press,
Notre Dame, 1996.

Este breve libro está hecho alrededor de dos conferencias de Hoffman, una sobre la ética de la intervención y la otra sobre el fallo de la comunidad internacional sobre la antigua Yugoslavia. En un principio, el autor hace una buena reflexión sobre por qué las normas tradicionales de soberanía fueron erogadas y por qué la cuestión de la intervención humanitaria es más urgente ahora que antes. Sus reglas para una intervención ética se reducen sin embargo a las acciones de la comunidad internacional que son aprobadas por las reglas de la Organización de Naciones Unidas o por las de sus organizaciones subordinadas. Pero estas reglas no solamente bloquearon temporalmente la intervención en Yugoslavia (como lo señala uno de los comentaristas), sino que sus bases normativas necesitan una mayor revisión dado el criterio puramente formal de soberanía para los países miembros de la ONU en una época en que la sola soberanía no da legitimidad moral a los actos del Estado.

RICHARD N. COOPER

Jeffrey A. Frankel,
Regional Trading Blocs in the World,
Institute for International Economics,
Washington, 1997.

En la última década se vio una proliferación de tratados comerciales regionales preferenciales, entre ellos el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica es el que mejor se conoce en Estados Unidos. Este empeño representa una desviación importante con respecto a los tratados comerciales globales basados en el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (ahora Organización del Comercio Mundial) constituidos en la pasada mitad del siglo. ¿Hacer estos tratados contribuye o aleja de la liberalización comercial y del bienestar económico globales? Para abordar estas cuestiones complejas, Frankel, miembro actual del Consejo de Asesores Económicos, emplea una impresionante y sutil mezcla de razonamientos teóricos y evidencia empírica. Construye una idea básica de como debería ser el libre comercio entre las naciones y después juzga los flujos comerciales que ha observado a la luz de esa idea. Concluye que con los tratados comerciales regionales se han estado construyendo y no arrancando las bases de la liberalización global. También hace

sensatas recomendaciones para asegurar que se siga cumpliendo con este papel constructivo.

© Foreign Affairs, marzo/ abril, 1998. Traducción: AGB.